

El Día de Palencia

Redacción, Administración e Imprenta: Mayor pral., 15 (Edificio Social de la Federación) Teléfono 8 - Apartado 34

Periódico de información general

PROPIEDAD Y ÓRGANO DE LA FEDERACIÓN DE SINDICATOS CATÓLICO-AGRARIOS DE LA PROVINCIA

Toda la correspondencia al Sr. Director de EL DIA - Apartado de Correos, núm. 34

Suscripciones y anuncios MAYOR PRINCIPAL, 15 (Edificio Social de la Federación) Teléfono 8 - Apartado 34

AÑO XXXV - 2.ª época

Corresponsales en Madrid y capitales de la Región

Lunes 3 de Marzo de 1924

Corresponsales en todos los pueblos de la provincia

Número 10.837

NOTA DEL DÍA

La «Gaceta» y la calle

No hace muchos días, decía Primo de Rivera en una nota oficiosa, que para comprobar la actuación del actual Gobierno bastaba asomarse a las columnas de la «Gaceta».

No desconocemos que, en efecto, como decía Corrochano en A B C, el señor Primo de Rivera ha demostrado ser el mejor de los periodistas, pues ha logrado dar amenidad e interés a las páginas de la «Gaceta», que habían sido siempre las más soporíferas del mundo; pero aparte de este mérito accidental, que no queremos regatearle, creemos que por esta vez no se halla en lo cierto el señor Primo de Rivera cuando pretende fundamentar el éxito de su acción en el espectáculo de la «Gaceta». Ciertamente creemos que no es esa su especialidad ni es ese su mérito.

No ya ahora, sino en tiempos de la vieja política, cualquiera que se hubiera asomado a las columnas de la «Gaceta», se hubiera quedado maravillado de la actividad y de la inteligencia de los hombres de Gobierno. No han sido precisamente leyes, ni siquiera buenas leyes, lo que nos han faltado; lo que nos han faltado han sido buenos actos.

Las columnas de la «Gaceta» han estado siempre cuajadas de hermosísimas disposiciones; pero el mal ha estado en que esas disposiciones que han llenado la «Gaceta» no han llenado nunca la calle.

Asomándose a la «Gaceta», el espectáculo ha sido siempre hermoso, bastante hermoso. Pero asomándose a la calle, el espectáculo no ha podido ser más desolador de lo que ha sido.

Y precisamente el éxito del actual Gobierno se comprueba con mayor evidencia asomándose a la calle que asomándose a la «Gaceta».

La «Gaceta», por esta vez no ha estado en desacuerdo con la vía pública; lo que ha aparecido en ella se ha trasladado a la calle íntegramente. El orden se ha hecho a la vez en las leyes y en la calle. Ha desaparecido la revolución de la calle al mismo tiempo que de las leyes.

Antes se predicaba en la «Gaceta» el respeto a la autoridad mientras predominaba en la calle el desorden y el crimen. Antes se encarecía desde la «Gaceta» el respeto a la opinión pública y al voto del ciudadano y en la calle se falsificaba la primera y se suplantaba el segundo.

Antes se condenaba desde la «Gaceta» el delito y se absolvía en la calle al delincuente.

Ahora la «Gaceta» se ha puesto de acuerdo con el exterior, y el crimen y el desorden y la falta de sinceridad han sido expulsadas de la calle lo mismo que de las leyes.

Ese sí que es el verdadero mérito y el verdadero triunfo del Gobierno militar que ahora nos rige. El modo de apreciarlo, no es asomándose a la «Gaceta», sino asomándose a la calle, donde se puede observar que las cátedras y los ateneos han dejado de ser blasfemadores públicos cuando se hacía menos obra de cultura; que los tribunales de justicia no se limitan a absolver, sino que también juzgan y condenan cuando el caso lo requiere, haciendo cumplir las sentencias que dictan; que los empleados que cobran asisten a las oficinas; que las plazas que están de más se van amortizando; que aquél que se desmanda, quien quiera que sea, suele encontrar su castigo; y que ya no son las cárceles patrimonio exclusivo de los delincuentes que tienen poco dinero, pues todos, chicos o grandes, si faltan a la ley, las viven y las visitan de la misma manera.

Otra vez, pues, que el señor Primo de Rivera quiera hacer valer ante la opinión los aciertos de su Gobierno, no acuda al testimonio de las páginas de la «Gaceta», sino a las losas de la calle, limpias del fango y de la sangre que antes las ensuciaba; no recomiende a nadie que se asome a las columnas de la «Gaceta», sino que se asome a la vía pública desde cualquier ventana.

FERNANDO

NUESTRO CRONISTA DE MADRID

La sugestión del derecho

Para lo que me propongo decir después, es absolutamente indispensable que encabece esta croniqueta con una noticia fresca, dicha en los propios términos que usan los castizos del Avapies: Hace un frío que pela; que pela y que afeita en seco.

Algún ha escrito que el frío es moralizador, sin duda porque a tomador del mundo de los que ha en a ple, les obliga a andar deprisa y atemoriza y acobarda un tanto y retiene en casa, junto a la chimenea, alrededor del brasero, o en la mesa camera, a no pocos a quienes agrada el bullicio de la calle.

Yo no creo en los efectos moralizadores del frío y tengo que creer necesariamente, por lo que he visto y oído, lo contrario; dado que aquél en estos terribles días en que ha imperado y ¡ay! sigue imperando despoticamente, ha sugerido resoluciones eminentemente desmoralizadoras.

¿Qué sugestión nos éstas? Las expresa y las resume una sola palabra: la palabra derecho.

A quien quiera que tenía que cumplir menesteres de su oficio u obligaciones de su profesión, el frío, teniendo por acompañante un viente-cillo sutil que había descendido de las cumbres de Guadarrama, y se metía en el cuerpo como un estilete, colándose hasta los huesos, deslizá-

bale en sus heladas orejas estas invitaciones:

- ¡No salgas de casa!
- ¡Quédate al amor de la lumbre!
- ¡Tienes derecho a no exponerte a coger una pulmonía!
- Tienes derecho a librarte de las crucesas de esta terrible noche.
- ¡Tienes derecho!

He ahí la palabra que entraña más eficacia trastornadoras y revolucionarias en los tiempos que corren.

Todos tenemos derecho a las comodidades, a las conveniencias, al hogar tranquilo, a la temperatura grata. Y si todos tenemos derecho ¿quiénes satisfarán las necesidades de la comunidad en los días que advienen después de las noches crudas del invierno?

Yo, y el otro, y el otro, porque hace frío, porque las pulmonías andan sueltas, porque nos seduce el hogar tranquilo y tibio, porque oímos la voz clamante de nuestros egoísmos nos quedamos en casa, ¿quien llena nuestras obligaciones?

He aquí planteado el problema vivo de nuestra época, el problema que surge en todos los pueblos cuando se levanta un trono al derecho y un cadalso al deber.

Hay en esto una enormísima confusión; hay por lo menos el olvido de lo que es necesario y por consiguiente primordial.

Gran cosa es el derecho. Pero el derecho se puede renunciar, se puede abandonar, se puede descuidar sin que las sociedades padezcan. Digo más todavía: el sumum de la elevación y de la generosidad podría estar representado en no pocos casos por la renuncia de derechos individuales.

Pero por encima del derecho está el deber. El deber no es renunciabile. El deber no puede ser abandonado ni descuidado, porque la ley moral llama desertores a quienes lo abandonan, lo descuidan o dejan de someterse a un imperio.

Y yo digo y ésta es la moraleja que quería deducir de cuanto queda consignado, que España no se salvará, seguramente, porque los españoles invoquemos y practiquemos nuestros derechos; pero es seguro que se salvará si todos nos propusiéramos cumplir religiosamente, el deber.

No le demos vueltas; si así como en determinadas ocasiones y en ciertos sectores de la opinión, hay una verdadera Jauja de derechos, que casi siempre es puja de egoísmos, se establece una noble rivalidad en el cumplimiento de los deberes, así de los públicos como de los privados, ¿qué duda cabe de que entraría nuestra unión por derroteros de pasmosa prosperidad, estrechándose fuertemente los vínculos que deben unirlos a todos?

Yo amo y siento el derecho, como puede sentirlo y amarlo quien más; y aun me permito creer que los aventaje a todos, porque para mí, y aunque parezca paradójico, el derecho es forma del deber. Si las circunstancias me lo consintieran, que no me lo consentirán, explicaría, ampliándolo, ese concepto.

En suma: me parece que la sugestión de que se subordinen las comodidades y las conveniencias individuales a las colectivas: me parece que es hora de que nos acordemos menos del derecho que del deber; y que la fórmula debe ser ésta: hagamos lo que debamos, y no nos importe lo demás.

Miguel PEÑAFLOR

CARTA DE PARÍS

La invasión extranjera

París, ha sido siempre la ciudad invadida. Todos los pueblos del mundo han aportado a París su tributación de millonarios, artistas, celebridades, bohemios y gentes de turbia vida que buscaban en ella la consagración o el placer, el ambiente fácil a los sueños de gloria o el campo propicio para sus maniobras inconfesables.

Por eso se dice muy parísien y no muy francés, porque París es el producto de elementos heteroclitos hechos un todo homogéneo por el aglutinante del cosmopolitismo. En París, el francés no contaba, se perdía en la muchedumbre de todas las razas. El teatro, el arte, el periodismo, el foro, la política, los lugares más visibles y de mayor notoriedad habían sido conquistados por hombres llegados del Cáucaso y la Pampa, del Canadá y las villas mar Blanco. Ciertamente que estos hombres tenían nacionalidad francesa pero, sus padres, cuando no ellos mismos habían desembarcado en París con el pasaporte de extranjeros. No se podía decir si fueron ellos los que se asimilaron a París, o si era París el que los tomaba como ingredientes de su propia esencia. Acaso fuese un fenómeno compuesto.

Pero desde que terminó la guerra la invasión de París ha crecido. Es tal el aluvión de gentes llegadas de las cinco partes del mundo, que han violentado el proceso de transformación y fusión. Podría decirse que esta enorme cantidad de primeros materiales de parisinismo, no pueden ser modificados debido a la superabundancia y entonces quedan en su primitivo estado. Hay además

que los nuevos invasores no arriban con propósitos de asimilación, sino con una decidida voluntad de permanecer con el propio carácter, ya que su estancia en la gran ciudad es de temporada. Así yanquis, hispano-americanos, nacionales del mediodía y del septentrion llegan ahora a París no como los peregrinos de Arte y belleza de antes de la guerra, sino como turistas enriquecidos buscadores de fáciles placeres que la espléndida ciudad brinda.

Y nunca mejor ocasión para el disfrutar que ahora: todas las monedas tienen premio en francos. Lo que en Amsterdam, Buenos Aires, Nueva York y Montevideo no pueden costearse estos turistas, en París lo encuentran a precios baratísimos.

¡La depreciación del marco ofrece un momento como nunca se conoció. Vuelve a repetirse el triste espectáculo de Berlín, Viena, Budapest en el que irrumpió la avalancha de «aprovechadores» que disfrutaban de todo cuanto el hombre ideó para regalo del hombre mientras que los habitantes de esas poblaciones se veían privados de pan.

Y es curioso: los «aprovechadores» se asombran, cuando no se indignan, de que las gentes de París tengan una mueca de hostilidad ante la invasión.

Llaman a esto xenofobia, y piensan que, al contrario, debieran agradecerle el que vinieran a gastarse aquí «su dinero». No comprenden que su ostentación y su derroche ofenden, que produce dolor a los

que sufren ver que su desgracia es «aprovechada». Son gentes de sensibilidad tan atrofiada que no pueden percibir cuanto hay de agravio en mostrar la situación privilegiada de su moneda. Después de los terribles sacrificios que Francia se impuso durante la guerra, tras de los valerosos esfuerzos de sus hijos para curarse de las horribles heridas, vienen ahora a insultarles con sus solares, pesos o florines. Y todo lo que el genio francés creó, todo lo que la gracia y la agilidad de este pueblo ideara, está monopolizado por los aprovechadores. Los bellos objetos de su industria emigran, los espléndidos lugares de la tierra francesa, están vedados a sus hijos porque el franco vale sólo 25 céntimos.

Así París se prostituye con la invasión, no en el sentido del concepto moral, sino en el de convertirse en una ciudad de emigrantes que sólo piensan en arramplar con cuanto está al alcance de su moneda. La cruzada de algunos escritores parisinos en defensa de su ciudad es legítima. Nosotros, amantes de París, le aportaremos nuestra decidida ayuda.

Juan Antonio PLA

París, 29 Febrero 1924.

PATATAS

para siembra, MADRILEÑAS, clase superior. - Bernardo Alonso, Don Sancho, 9, Comercio de semillas.

¡Contratistas! - ¡Constructores!



No comprar sin antes consultar precio del acreditado Cemento Portland «EXTRA TUDELA-VEGUIN» al representante para las provincias de LEÓN y PALENCIA, con depósito en León.

Segundo Costillas

Avenida Padre Isla, Letra D. LEÓN

Hortelanos-Propietarios

No necesitáis pedir fuera las semillas de HORTALIZAS o FORRAJERAS para vuestras siembras.

La CASA Bernardo Alonso, calle de Don Sancho, núm. 9, acaba de recibir de Francia un lote importante de las mejores variedades hasta hoy conocidas en Europa.

NO CONFUNDIRSE.

Bernardo Alonso, Don Sancho, 9, PALENCIA

